

MIRANDO AL NORTE

(Santos Montes frente al mar Cantábrico)

Dionisio Cañas

Hace siete años Santos Montes llegó por primera vez a la Playa de Las Catedrales, en Galicia (Lugo). Esta playa se encuentra en el litoral del mar Cantábrico, el mismo mar que le vio nacer (en Santander), y a la orilla del cual pasó gran parte de su vida (en el País Vasco) hasta que se fue a vivir a Barcelona.

Durante estos últimos siete años Santos ha hecho fotos de esta playa de Lugo, de su entorno, de la gente que viene a visitarla y de la costa cantábrica en general. Lo que empezó como un simple deseo de documentar lo que el fotógrafo iba viendo en sus paseos por la costa, se fue convirtiendo poco a poco en una obsesión, en una pasión por el paisaje y por la gente que lo visitaba. No obstante, en las fotos fue apareciendo otra realidad más inmaterial, una realidad un tanto fantasmal e intangible: ese lado invisible y misterioso que poseen todas las cosas si las miramos atentamente.

La fotografía de Santos Montes, su mirada fotográfica, está cargada de ternura por las cosas del mundo, por la gente (ya sea en el ámbito rural o en la ciudad) y el paisaje (ya sea natural o urbano). Su fotografía es un anzuelo lanzado a lo real en búsqueda de no se sabe qué explicación de la vida y de las cosas del mundo, pero siempre hay como un respeto, un cariño enorme por lo fotografiado.

Mirar con amor el mundo no es una tarea fácil, hay que pasar mucho tiempo, dedicarle una parte importante de la vida propia a esa lenta molienda que significa familiarizarse con el entorno, con su gente, sus costumbres, sus formas de pensar y de ser. Esta es la única manera de sacarle a lo real, o a lo visible, su lado oculto, su lado irreal e invisible que está ahí pero que sólo con una dedicación absoluta el fotógrafo puede hacerlo aparecer. Porque la fotografía es entregarse al mundo, visible e invisible, sin condiciones, sin prejuicios, y dejar así que la realidad (con su lado irreal) nos use como un medio para ella poder materializarse, para hacerse visible en la superficie del papel fotográfico, uniéndose y mezclándose así con el tiempo humano, con la temporalidad del fotógrafo y la del espectador.

En octubre del 2008 yo fui, con el fotógrafo, a visitar los lugares donde Santos Montes había hecho la mayoría de las fotos que ahora forman parte de la exposición "Buscando el Norte", aunque algunos dípticos incluyen imágenes de Santander y de la costa cantábrica en general.

Allí, en aquella zona de Lugo, compuse este texto con impresiones mías del lugar, con descripciones de sus fotos y con fragmentos de las charlas que mantuvimos durante los paseos que dimos juntos por la Playa de Las Catedrales y sus alrededores.

* * *

¿Cuánto tiempo hace que estás fotografiando la Playa de Las Catedrales y su entorno, y cómo la descubriste?

Hace más de seis años que estoy viniendo a esta zona de Galicia de la costa cantábrica. Frente al deterioro y la sobreexplotación excesiva de nuestra costa, ésta, la de Lugo, me parece un reducto que milagrosamente se ha salvado. Por este motivo vine a esta "punta" de España que espero se mantenga como la vimos durante muchos años, con sus acantilados sin construcciones, con prados y vacas, algo que ya no se puede ver en el resto de nuestra costa, donde proliferan esos paseos marítimos, con sus terrazas, que nos hacen olvidar que allí había dunas como las que aquí se pueden ver.

Decidí venir aquí porque vi unas fotos de la Playa de Las Catedrales en una revista. Lo que me impresionó de inmediato al llegar a esta playa, fue que la gente que se paseaba por ella, en lugar de comportarse como si estuvieran andando por una playa, actuaban como si estuvieran en una iglesia.

Al principio fotografiaba a la gente así, como si se encontraran en una iglesia. Eran piezas más de tipo documental, de testimonio de la realidad que veía.

Empecé tomando fotos muy concretas (la gente, un chiringuito, los acantilados, la playa) pero en los dos últimos años he ido haciendo fotos de reflejos, apariciones,

personajes que parecen salir de un sueño o de una pesadilla. Y es que poco a poco he ido realizando fotos más difusas, es decir, más fantasmales; una fantasmagoría que venía dada por la luz, por la iluminación de los parajes y su reflejo en la gente.

¿Pero el hecho de que hubiera gente en la playa no te distraía demasiado de tu finalidad, la de fotografiar este paraje como un lugar fantasmal y misterioso a veces?

Lo que ocurrió es que coincidió este descubrimiento de la Playa de Las Catedrales con mi deseo de volver al Norte; quizás un poco huyendo de las playas atestadas de gente de otros lugares de España. Aquí, en esta playa también viene gente, pero no son multitudes como en las playas del Mediterráneo. A mí, por otro lado, me interesa mucho observar cómo se relaciona la gente con el paisaje, con los acantilados, con la playa. O sea, que yo prefiero que haya gente por aquí cuando hago fotos. Además, a mí me interesa fotografiar los lugares con personas; de algún modo hacer fotografías de un lugar donde hay seres humanos vivos es un reto mayor para mí como fotógrafo, porque a veces sus actitudes en el lugar que estoy fotografiando me impiden hacer las tomas que yo quiero pero, por otro lado, también gracias a la gente descubro posibilidades nuevas del espacio en el que estoy trabajando.

Con el conjunto de estas fotos cuentas algo, ¿no? Cuentas tu experiencia en este espacio, cuentas la experiencia de la gente en esta playa pero, es obvio que hay algo más que una simple crónica de esas experiencias ¿qué hay más?

Sí, quizás debajo de toda esta serie de fotos hay una narración un tanto autobiográfica, una búsqueda de algo. Por ejemplo, la luz del norte, que es mucho más cambiante y variada que la de otras zonas de España. Me atrae mucho esta luz que varía de tonos casi cada segundo, está relacionada con las vivencias de mi infancia y de mi juventud. Ésta, mi infancia, también está presente o evocada de una forma oblicua en esta serie de fotos.

Yo, de pequeño, en Santander, me levantaba por la mañana, me iba a la playa y me podía pasar allí todo el día hasta

el anochecer sin aburrirme. Cuando fotografío la Playa de Las Catedrales y sus alrededores puedo estar horas enteras haciendo fotos sin darme cuenta de cómo pasa el tiempo; de algún modo, a través de la cámara de fotografiar, vuelvo inconscientemente a estar en mi infancia, aunque ahora sea lejos de Santander y del País Vasco, pero sigue siendo el mar Cantábrico.

Los que somos del norte tenemos una forma especial de relacionarnos con el mar, con la playa, con la luz; una forma diferente a la manera en la que otras culturas se relacionan con el mar, con la costa. Nosotros, los del norte, vamos a la playa cuando podemos, independientemente de la temperatura y del clima que haga; no esperamos, como en otros lugares de España, para ir a la playa sólo en los días soleados.

Te estoy hablando de mi relación con el mar, con la costa. A mí el mar en sí (en el sentido de “mar adentro”), visto desde un barco no me interesa mucho. Lo que me interesa es observar el mar, disfrutarlo, desde la playa, desde la costa, en ese juego constante entre la tierra y el mar, esos cambios de la playa según esté la marea, los efectos de la erosión, los cambios constantes del perfil de la costa y de las playas. Supongo que toda esta manera de vivir la experiencia de la costa, del mar, está reflejada en la serie de fotos relacionadas con la Playa de Las Catedrales y de otros lugares del Cantábrico. De algún modo el venir constantemente a estas playas me ha vuelto a conectar con mi infancia, en cuanto a cómo me relaciono con el tiempo, con la espera sin impacientarme, con la luz y con el espacio marítimo. Aunque, claro, la Playa de Las Catedrales está a más de quinientos kilómetros de donde yo nací, pero sigue siendo la costa del mar Cantábrico.

Estas esperas de las que te hablaba antes han sido muy importantes para mi trabajo: esperando que la luz fuese la que me gusta, esperando que la marea estuviera baja, o alta, para fotografiar diferentes tipos de olas, etc.

El encanto del Norte quizás consista en esa variedad de luces, en esos cambios constantes de tonos de luz, del clima

en general. Cuando empezaste a pensar en reunir las fotografías que estabas haciendo en esta playa, y sus alrededores, para hacer una exposición ¿venías aquí ya buscando una luz especial, un momento del día que te ofreciera los tonos que tú querías para tus fotos?

No, aquí lo importante es no venir con ideas preconcebidas para hacer fotografías de un tipo o de otro. La luz cambiante te sorprende en cualquier momento con una imagen sutil o extraña. De lo que se trata es de estar preparado y ponerse a fotografiar el paisaje tal y como aparece, no necesariamente como uno hubiera esperado que estuviera y, por supuesto, no pensando en un proyecto específico sino dejando que sea el paisaje mismo quien te dirija y te descubra qué es lo que quieres fotografiar.

Por lo general, yo no hago fotos pensando en una exposición o en un libro, sino que hago fotos porque me apasiona un lugar, una gente, unas circunstancias, y luego, poco a poco, se va perfilando la posibilidad de utilizar algunas de esas fotos como parte de un proyecto concreto. Entonces sí, empiezo a seleccionar imágenes y, a veces, hago fotos ya pensando en ese proyecto porque veo que hay algún aspecto que me gustaría destacar, algún punto que no lo encuentro reflejado entre las fotos que ya tengo hechas, pero siempre dejo que sea la realidad la que me sorprenda, la que me pille desprevenido y me emocione.

* * *

Este fotógrafo es un buscador de luces, de tonos, de ambientes y de emociones, ya sea en la naturaleza o en la ciudad; de ahí que la paciente espera, y el dejarse sorprender emocionalmente por los temas fotografiados por él, sean tan importantes en su obra.

Mientras paseamos bordeando los acantilados de la Playa de Las Catedrales, Santos me señala perspectivas que le gustan, que ha fotografiado. La luz siempre cambiante del cielo nos ofrece de vez en cuando una posibilidad de volver a hablar de lo interesante que sería tal o cual encuadre para hacer en ese momento una fotografía.

La pregunta que yo me hice frente los acantilados de la Playa de Las Catedrales fue la siguiente: “¿el hecho de estar pensando casi siempre en términos artísticos, poéticos, frente al paisaje no inhabilita la posibilidad de disfrutar del paisaje, de la naturaleza, sin más, sin plantearse sus posibilidades artísticas?” La respuesta me la proporcionó la naturaleza, los acantilados, la música ronca del mar azotando la costa. Ante un espectáculo tan descomunadamente emocionante y hermoso, todas mis barreras intelectuales, culturales, cayeron derrumbadas por la propia fuerza del mar y de las rocas. La poesía, el arte todo, era la naturaleza en sí, no tenía que buscar más referentes. Yo mismo me sentí por un instante un poco naturaleza, un poco salvaje. Discutimos el tema y no llegamos a ninguna conclusión que no sea la de que el arte acompaña en la existencia y que, por mucho que condicione nuestra mirada, preferimos tener ese aliado silencioso que es el arte, a pesar de que a veces no nos deja ver la realidad tal como es.

Seguimos caminando por el borde de los acantilados, hay cierta tensión excitante en los precipicios vistos desde arriba, en el constante ruido del oleaje. No obstante, volvemos al tema del arte y la realidad.

Es frecuente que cuando miramos un paisaje éste nos recuerde una fotografía, una obra de arte. Y es en este punto en el que hablamos del romanticismo pictórico y de cómo los acantilados fotografiados corren el riesgo de parecer “muy románticos”. ¿Podemos olvidar los cuadros marítimos de Caspar David Friedrich cuando miramos los acantilados de la Playa de Las Catedrales?

El dramatismo de los acantilados, de las cuevas, de las rocas contra las que las olas chocan constantemente con un ruido ensordecedor, la espuma blanca del oleaje en contraste con las rocas casi negras... Todo este movimiento de luz y sonido es sin duda romántico y, sin embargo, en las fotos de Santos Montes intriga el silencio, no porque el silencio no sea un lugar común en toda fotografía, sino porque en pleno siglo veintiuno no hace falta ser muy romántico para apreciar ese silencio fotográfico, ese silencio que en verdad, cuando estamos frente a un acantilado, es como un ruido constante, monótono y variado a la vez, que nos ayuda a soportar la penosa

situación en la que vivimos en las ciudades grandes en las que, además de esa marea de coches que no cesa, hay tal cantidad de ruidos discordantes que nuestro cerebro lo que percibe es una especie de lucha estridente entre los seres humanos y el tráfico. Aquí la lucha entre el mar y la costa es hermosa, grandiosa, consoladora. Porque aquí, frente al mar, en la Playa de las Catedrales, la única lucha que se oye es el canto del mar en su constante enfrentamiento con la dureza de las rocas. Y, también, ese mismo mar, que con su marea, acaricia y limpia las playas invariablemente cada 12 horas.

Lo mejor que puede tener una playa es mareas —dice Santos—, es como si cada cierto tiempo limpiara la costa el mar; es un lujo, esto de las mareas, y a la vez cambia constantemente el aspecto de la playa y de la costa. Así lo dijo el poeta Claudio Rodríguez, “como llegan las olas a la orilla, invariablemente”. Y esto es lo que quiero decir, que cada doce horas se limpian las playas, se mueve la arena (que cambia continuamente la fisonomía de las playas), golpea las rocas, etc.

La observación constante de la realidad con ojo de artista produce distorsiones visuales que están relacionadas con las obsesiones y el bagaje cultural y emocional del fotógrafo. Por ejemplo, Santos, nos comenta que en una parte de la playa que la gente aparece a contra luz a cierta hora del crepúsculo, para él, viendo esa gente como sombras oscuras proyectadas contra el morado del atardecer, a él le daba la sensación de “estar viendo el infierno”.

Esta sensación de encontrarnos ante un escenario fantasmal es muy frecuente entre las fotos que Montes ha escogido para la exposición “Buscando el Norte”. El juego entre la luz cegadora, los destellos luminosos, y la oscuridad de algunas zonas de las fotos, nos da la impresión de encontrarnos ante una escena que está a punto de disolverse en lo blanco de la luz o en la oscuridad más profunda. Precisamente son esos destellos de luz, y de sombra, los que nos envuelven en un ambiente de irrealidad, o de realidad deslizándose hacia su acabamiento.

Me parece importante no tenerle miedo a la luz y enfocarla directamente, aunque el resultado sea una imagen quemada. No hay que tener miedo a que una foto quede mal.

Los fotógrafos queremos ser demasiado virtuosos y "correctos". Del mismo modo que no hay que tener miedo a la ausencia de la luz en una foto (y no me refiero sólo a la utilización o no utilización del flash).

¿Tiene esta serie de fotografías sobre la Playa de Las Catedrales alguna relación con los fotógrafos o los artistas que a ti te gustan, o que han trabajado con el tema de la costa cantábrica antes que tú? ¿Y tu técnica de los dípticos, tiene una finalidad conceptual, es una forma de narrar, de contarnos algo?

No puedo relacionar esta serie fotográfica con ningún fotógrafo de los que yo conozco o me gustan. Sí puedo relacionar estas fotos con un pintor que a mí me interesa mucho, Gonzalo Chillida (el hermano del famoso Eduardo Chillida). Sus cuadros de la costa cantábrica me gustan enormemente, son impresionantes.

Los dípticos de esta exposición se componen de dos imágenes diferentes: una es de reflejos y la otra, en principio, no es un reflejo, o sea, lo que llamamos realidad. Lo más conflictivo es conseguir que las dos imágenes juntas funcionen y representen otra realidad distinta y con algo de misterio. Parece fácil, pero hay que conseguir la misma luz (y nunca están hechas las dos fotos al mismo tiempo) y cierta coherencia en el paisaje.

Nuestro bagaje cultural, la pintura, el cine, el vídeo, la fotografía, la literatura, hacen (como ya hemos dicho antes) que no podamos ver ya casi ningún paisaje natural con la frescura y la inocencia que pudimos tener en nuestra infancia. Sin embargo, cuando nos enfrentamos ante una obra como la tuya, parece como si tú hubieras trabajado con esa mirada de fascinación que llamaremos pre-cultural. ¿Cómo crees tú que podemos recuperar la mirada de la inocencia ante el paisaje, sin que se interponga entre nosotros y la realidad la cultura visual que hemos adquirido?

Yo, por lo menos cuando estoy fotografiando, conservo la frescura de la sorpresa, si no inocente por lo menos sí intuitiva. Normalmente nunca parto con una idea predeterminada al hacer una foto, por lo menos en cuanto

a las que he hecho en esta playa y los alrededores, sino que es la realidad la que me sorprende a mí. Quizás esto tenga que ver con el hecho del que hemos hablado antes: el que estoy trabajando en un ámbito que me es familiar, que está relacionado con mi infancia y adolescencia, el mar Cantábrico. Cuando digo que nunca parto de una idea predeterminada, lo que quiero decir es que sí tengo una idea de lo que quisiera hacer y, en función de esta idea, preparo todo el equipo: cámaras, película, trípode, etc. Pero toda esta idea predeterminada, cuando quiero empezar a realizarla, de repente veo que no es posible por la luz que hay, por las mareas, porque no hay gente o porque si la hay...; entonces me adapto lo más rápidamente que puedo a lo que se me ofrece, que siempre es más interesante que lo que yo tenía previsto.

También ocurre que cuando uno se enfrenta ante estas fotos la sensación que se tiene es que el ambiente retratado nos es muy familiar. Pero se trata de una familiaridad que está más relacionada con los sueños, con esa impresión de que estamos mirando algo que es tan nuestro, tan íntimo para nosotros, como lo puede ser para el fotógrafo.

Esto quizás también tenga que ver con el hecho de que los espacios que nos presenta el fotógrafo de Santander en esta serie, muchas piezas en forma de dípticos, bien podían ser de cualquier lugar del mundo donde sus costas tuvieran las mismas características que la costa cantábrica.

Sin duda la indefinición que a veces da la luz a las personas y al paisaje, ayuda a que el dramático espectáculo natural que estamos presenciando nos parezca tan familiar e íntimo. En este sentido, y a pesar de la espectacularidad del paisaje que nos presenta el fotógrafo en estas serie, su fotos no son nada románticas; especialmente cuando aparecen personas, con su carnalidad fantasmal, eso sí, pero personas que podían ser familiares nuestros; aunque sean queridos fantasmas o espíritus.

Frente a estas escenas fotografiadas por Santos, tenemos la sensación de que lo que está ocurriendo en la foto también nos ha pasado a nosotros mismos, o lo hemos soñado; hay ese punto de coincidencia emocional entre nuestra experiencia

de la vida y la vida tal como la vemos fotografiada, que no sabemos explicar muy bien, que se queda en el aire de nuestra duda emocional.

Ese es el punto que yo busco con algunas de estas fotos: el punto en el que la gente se pregunta "qué es esto, por qué tengo la sensación de que esta escena yo la he vivido o la he soñado antes". Ese es el punto que yo quisiera que tuvieran estas fotos, ese punto en el que la gente se queda descolocada, intrigada, inquieta, sin saber dónde están los límites entre la realidad de la foto y la propia realidad de cada persona.

A mí esto es lo que me interesa, que les pase a los espectadores, y que me pase a mí cuando miro esas mismas fotos. En el fondo yo creo que todos tenemos ese contacto con la irrealidad. Es un poco lo que dice el poeta Ángel Crespo, que enseguida que ponemos atención a la irrealidad descubrimos "ese otro que nos acompaña siempre".

Y es que precisamente esa ambigüedad de lo que estamos viendo, de la foto, es una ambigüedad que cualquier persona puede sentir no sólo ante una foto sino también ante la realidad en general. De igual modo, hay un aspecto familiar y a la vez esquivo en esta serie, especialmente en los dípticos: los reflejos de personas y del paisaje en sí.

Mirar el mundo en sus reflejos tiene el atractivo de que la realidad sugerida, que a veces vemos sólo parcialmente, como una insinuación, tenemos que reconstruirla en nuestra mente, hacer que la mirada vaya de la sombra y el reflejo a la contundencia de lo real.

Esta forma de acercarse a lo real tiene el atractivo de que nos involucra más con el proceso de ver una foto. Estamos obligados a hacer el viaje de ida y vuelta: del reflejo a lo reflejado y de nuevo al reflejo, que es lo que tenemos en la imagen delante de nosotros que es, a fin de cuentas, esta foto, el espejo de un reflejo.

Así, la contundencia de una roca, el tremendo choque de las olas con unas escaleras de piedra, el cielo nublado y

amenazante, pueden convertirse en meros reflejos que apaciguan nuestra visión y nuestros sentidos porque lo que vemos ya es sólo el recuerdo de una amenaza.

A través de estos reflejos también descubrimos algo nuevo: que en verdad siempre estamos acompañados, no sólo por nuestra propia sombra reflejada sino por otros seres cuya presencia sentimos en los momentos en los que nuestra mente no está ocupada con preocupaciones de trabajo o de la vida social en general.

Para mí es muy importante esa presencia misteriosa de otros seres que nos acompañan en la vida. Yo siempre me siento acompañado, por ejemplo, de mi padre, que murió hace ya cuarenta años. Ese tipo de presencias que nos acompañan creo que están presentes de alguna forma en algunas fotos de la Playa de Las Catedrales.

No es una cuestión de creencias religiosas o de supersticiones, de lo que se trata es de una sensación intuitiva de que alguien te está acompañando sin necesidad de que veas a esa persona. Se trata de esa certeza de que, por supuesto, estamos ligados con la realidad, pero que por otro lado, en cuanto nos tocan esa tecla de la irrealidad nos ponemos de pie, se nos alumbró algo dentro de nosotros que es muy difícil de explicar.

El conjunto de las fotos de Santos Montes relacionado con esta playa del mar Cantábrico y sus alrededores, tiene precisamente ese aspecto de ritual de lo oculto y misterioso, sin ser nada mágico ni místico en sí. Consiste en un ambiente de espiritualidad pagana, relacionada con la realidad más inmediata, pero es una realidad que parece sostenerse sobre una estructura de irrealidad muy poderosa, de ausencias que nos son familiares: nuestros propios familiares muertos, nuestros recuerdos de la infancia, o una cierta idea de un destino de luz que se orienta hacia la desaparición.

El drama no consiste en que estas fotos nos hagan pensar en nuestra propia finitud, sino que en lo que nos hacen pensar es en la presencia de todos aquellos (y todo aquello) que creíamos que habían desaparecido para siempre. Por lo tanto,

estamos hablando de revelaciones (algo así como si nuestra propia existencia fuera ese proceso de revelar una foto con productos químicos), de apariciones, como lentamente va apareciendo una imagen en el papel fotográfico.

A veces, cuando estoy fotografiando no sé muy bien lo que hago (yo tengo un punto de torpeza técnica que me gusta), no sólo porque me dejo llevar por la intuición sobre lo que quiero fotografiar, sino porque las máquinas que uso no las controlo bien; algunas de ellas son de los años sesenta del siglo pasado.

Luego, cuando ya en Barcelona hago el proceso del revelado, es cuando empiezo a descubrir lo que he hecho; esta es una de las ventajas, y quizás de las desventajas, de trabajar con cámaras analógicas, pero tiene su punto de misterio. Con una cámara digital se puede verificar inmediatamente el resultado de tus fotos, puedes hacer la foto de nuevo enseguida; con mis cámaras yo tengo que arriesgarme y, si no sale exactamente lo que yo quería, a veces la sorpresa es mayor porque aparecen fotos mucho más interesantes que las que yo intentaba hacer.

Por otro lado, este es mi modo de trabajar: trabajo con el azar. Algunas fotos las intento hacer con una cierta exposición y me equivoco y, entonces, sale una foto extraña y quizás más misteriosa que la que yo pensaba hacer.

Al principio intentaba hacer fotos perfectas, controlando todos los aspectos técnicos, intentando documentar lo que veía, pero pronto me di cuenta de que las mejores fotos eran aquellas que salían imperfectas, incontroladas, con una luz imposible, es decir, aquellas fotos en las que el azar había jugado un papel muy importante.

El hecho de que las fotos de Santos Montes estén realizadas con cámaras analógicas, con películas en blanco y negro, reveladas con el método tradicional, creo que añade un dramatismo inesperado, y no buscado, a estas fotos: estamos ante un método en vía de desaparición y que está siendo reemplazado casi en su totalidad por la fotografía digital. Esto no es bueno ni es malo, es simplemente así, pero en el

caso de esta serie de fotos en las que la luz quema los ojos del encuentro entre el espectador y la imagen, añade, su procedencia analógica, un elemento elegiaco inesperado: el de que al igual que las personas de las fotos de esta serie parecen estar en ese limbo incierto de la lenta desaparición, la fotografía analógica se está deslizando lentamente hacia ese túnel sin luz que aparentemente es su punto final, o por lo menos su metamorfosis y suspensión temporal. Si es cierto que la irrealidad se hace presente ante nosotros con una contundencia emocionante en ciertas ocasiones, las fotografías de Santos Montes nos ponen en contacto con esa irrealidad, no sólo situándonos frente a la Playa de Las Catedrales y el litoral cantábrico, sino poniéndonos delante de nosotros la vida, nuestra vida, la vida de los demás.

Si es cierto que la irrealidad se hace presente ante nosotros con una contundencia emocionante en ciertas ocasiones, las fotografías de Santos Montes nos ponen en contacto con esa irrealidad, no sólo situándonos frente a la Playa de Las Catedrales y el litoral cantábrico, sino poniéndonos delante de nosotros la vida, nuestra vida, la vida de los demás.